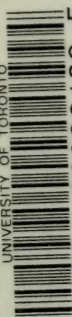


UNIVERSITY OF TORONTO



3 1761 00093129 5

Caldera Rodriguez, Rafael
Aspectos sociologicos de
la cultura en Venezuela

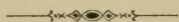
2
V4C3

RAFAEL CALDERA

ASPECTOS SOCIOLOGICOS DE LA CULTURA EN VENEZUELA



INSTITUTO DE FILOSOFIA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACION



UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

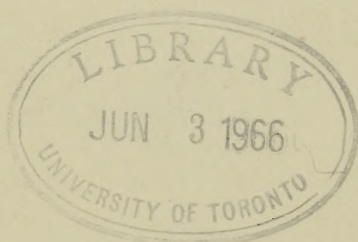
ASPECTOS SOCIOLOGICOS DE LA CULTURA EN VENEZUELA

POR RAFAEL CALDERA.

HM

22

V4C3



1081030

ASPECTOS SOCIOLOGICOS DE LA CULTURA EN VENEZUELA

Hace ya casi un año, el joven Decano de la Facultad de Humanidades, Dr. Horacio Cárdenas, tuvo la gentileza de invitarme a participar en este ciclo sobre «Historia de la Cultura en Venezuela». Escogimos entonces un tema y debo confesar que, después de fijado, el tema me ha asustado un poco. Como se trataba de «Historia de la Cultura», mi vieja función de profesor en una cátedra de Sociología en la Universidad hacía obligado el referirme a la vinculación entre la Cultura y la Sociedad. Hubiera podido, quizás, hacer una historia del pensamiento sociológico venezolano, que no está escrita todavía; pero habría sido demasiado ambicioso pretender recogerla en una conferencia. Me pareció más interesante hacer una consideración acerca de los aspectos sociológicos de la cultura nacional, de la cultura venezolana: vendría así a engarzarse con el fenómeno social todo ese fenómeno multiforme que han ido recogiendo autorizados conferencistas en este importante ciclo; para vincular los hechos de la realidad social con ese ente, un poco difícil de definir, un poco confuso y complejo que llamamos la cultura venezolana.

El tema, repito, no ha dejado de preocuparme desde entonces. Hace ya de ello un año y lo he *pensado* bastante; aun cuando (he de confesarlo), con las complicaciones de la vida moderna, apenas he podido trabajarlo unos ratos en los últimos días.

Pero no está demás que a estas alturas, ya en proceso

de recapitular un ciclo de conferencias que habría podido intitularse «Introducción al Estudio de la Cultura de Venezuela», o quizás, más aún, «Invitación al Estudio de la Cultura de Venezuela», comencemos a buscar esos hechos, que han ido desfilando ante ustedes, para engazarlos en el proceso vital de la realidad nacional.

Desde luego, la cultura es un fenómeno social, es un hecho social. No quiero, sin embargo, excederme en esta afirmación. Bien sé que dentro de la polémica doctrinaria hay muchos que reivindican el aporte fundamental del individuo al desarrollo cultural de un pueblo. Cada individuo es un constructor de cultura. Pero, cuando hablamos de la cultura como un todo objetivo, no podemos verla como catálogo de aportaciones individuales, sino más bien como un proceso colectivo, dentro del cual cada uno va resumiendo sentimientos, ideas, aspiraciones de una época, de un momento histórico, incorporando a ese acervo colectivo su propia aportación; y en resumidas cuentas deja de su obra aquello que es capaz de encender la preocupación de otros, de atraer discípulos, de formar escuela, de, en definitiva, quedar firmemente incorporado a las vivencias de la colectividad.

Es un poco difícil el fijar los términos, y si recorremos los libros de Sociología para buscar el aspecto social de la cultura, siempre nos encontramos con esta misma dificultad; incluso nos encontramos con la contradicción extrema entre aquellos que no quieren ver en la cultura sino la obra del individuo, y aquellos que quieren reducir totalmente la cultura a la obra de la colectividad.

Pero, desde luego, aquí el problema se simplifica. Vamos a hablar, hemos hablado de la cultura *venezolana*, de la cultura en Venezuela. De la cultura nacional. Aquí lo colectivo domina, lo colectivo va expresando una especie de calificación de las distintas obras individuales, para darnos un resumen real y tangible, que podemos encontrar y que yo creo que existe, y que podemos llamar una cultura nacional.

I

La primera afirmación, pues, que podríamos plantear, quizás innecesaria después del recorrido de este ciclo, es: existe una cultura nacional.

Esa cultura nacional, para hablar con terminología bastante usada en algunos manuales de Sociología, podríamos verla en un doble aspecto: en el aspecto pasivo y en el aspecto activo. Es decir, podríamos considerarla como *producto* social y como *factor* social. En realidad, no hay dentro de la vida social ningún fenómeno que no sea a la vez factor y producto. Toda causa social es efecto de causas anteriores; todo efecto está llamado a producir otros efectos, para llenar un papel dentro de la causalidad colectiva. Por tanto la cultura, como fenómeno social, es un resultado que a su vez influye sobre las otras actividades del hombre que vive en sociedad.

Pero en su aspecto de producto (la cultura como resultado) es más importante, desde el punto de vista del análisis científico, que en su aspecto de factor, sin que esta faz pueda negarse, a pesar de los detractores que tiene.

En ese doble aspecto de producto y de factor, yo quisiera analizar algunas cuantas interrogaciones. Por de pronto, el mismo tema me salva hasta cierto punto, porque no pretendo hacer una Sociología *de la* Cultura venezolana, sino simplemente referirme a «aspectos sociológicos» de nuestra cultura. Que es lo más a que en el estado actual se puede aspirar.

Tales aspectos quisiera enfocarlos respecto a algunas situaciones determinadas. La primera, la cultura como resultado social.

Hay una cultura nacional: indudablemente, esta cultura nacional tiene características propias, corresponde a un ser colectivo que llamamos Venezuela y le corresponde como cosa propia. Tiene vinculaciones, analogías, pun-

tos de contacto con las culturas de los otros pueblos; mientras más cercanos en la historia, en el campo de la civilización y hasta en la geografía, las vinculaciones son mayores. Pero hay una cosa concreta, una cosa positiva: podemos, tenemos el derecho de hablar, no ya en el terreno de las aspiraciones sentimentales, sino en el de las cosas objetivas, de una cultura venezolana.

No vamos a pretender aquí que esa cultura venezolana ha producido creadores de grandes escuelas filosóficas de la talla de un Kant o aun de un Augusto Comte o Carlos Marx; no hemos engendrado a quien haya revolucionado la biología, las matemáticas o la historia como un Pasteur, un Einstein o un Toynbee, pero no es necesario llegar hasta allá; y debemos observar que esos nombres pueden haberse escogido deliberadamente, porque aparecieron en un momento cronológico en que ya nuestra cultura existía, en que ya nuestra cultura tenía una formación y, por tanto, no habría sido una locura el pensar que hubiera podido producir una de esas figuras extraordinarias. Pero hemos producido un pensamiento propio: una obra, un contenido humano, una actitud del sujeto ante la vida, una reacción ante los problemas; y eso lo hemos producido, incluso en valores intelectuales de talla que consideramos, con justo título, universal, como lo son: Bolívar, que aparte de su figura en las realizaciones históricas, tiene un puesto ganado en la historia del pensamiento, Andrés Bello y otros menores que ellos, pero genuinamente ilustres, porque realizaron obra dentro del campo de la vida del espíritu, dejaron actitudes, sembraron ejemplos, crearon precedentes, que le dan una valoración positiva a la cultura venezolana.

Esa cultura existía ya para el momento de la Independencia. En este mismo ciclo el profesor Mijares demostró que la Independencia no fué solamente un acaecer histórico: fué la realización de una idea; había un programa, una dirección, un sentido, que precisamente hace del movimiento de la Emancipación algo más que una serie de

episodios bélicos, más o menos hermosos. Pedro Grases, en este mismo curso, demostró cómo la actividad bibliográfica de los primeros años de la República era tan intensa que justificaba la consolidación de la nacionalidad y el influjo de nuestro pueblo en los pueblos hermanos. Y así como ellos, también hablaron otros. En el mismo curso, por ejemplo, García Bacca ha ido encontrando raíces de un pensamiento filosófico: quizás no creadores de escuelas, quizás no revolucionadores de la filosofía, pero hombres de un pensamiento elevado, que reflejaba la existencia de un medio cultural capaz de contenerlos, y que ejercieron una influencia plasmada en eso que llamamos la vida nacional. La música, la medicina, cada uno de nuestros otros aspectos culturales, han ido encontrando antecedentes. Y una tradición, un poco bulliciosa, rota a veces, pero que en la perspectiva histórica se acentúa, aparece como una realidad fundamental.

II

Ahora, ¿cuáles son —debemos preguntar— las características de esa cultura nacional? Si creemos en la existencia de una cultura propia, vale la pena comenzar a pensar cómo es esa cultura.

La investigación no está hecha, aun cuando existen ricos elementos para comenzarla. Pero me parece que no es difícil ir señalando algunos rasgos que pueden tener bastante significación.

En primer lugar, nuestra cultura es una cultura *mestiza*. La afirmación es simple, pero vale la pena detenerse un poquito en esta característica. Hay un fenómeno de mestizaje espiritual, cultural, al lado del mestizaje biológico; y de ese mestizaje se ha hablado desde este propio sitio, precisamente, a través de este ciclo. Por ejemplo, Isaac Pardo en su conferencia nos dijo: «Desde el momento mismo en que se reúnen blancos, indios y negros,

inician una vida diferente de la que habían llevado hasta entonces.» Una vida diferente, porque es una vida de simbiosis, de fusión; porque no es la vida de cada sector diferenciado y aparte.

Mariano Picón Salas nos habló de que «ya la conquista de América en el siglo xvi indianizaba o mestizaba —antes de que acabaran de cruzarse las sangres— al español peninsular, cuyos hábitos alimenticios, formas de producción y aun estilos arquitectónicos, sufrían la influencia modeladora de la tierra».

Y Miguel Acosta Saignes, en la primera de las conferencias de este ciclo, nos hablaba, precisamente, de la aportación del factor indígena y del factor africano dentro de la cultura nacional. Es decir, del hecho mismo del mestizaje.

En su conferencia hay una observación muy expresiva: el mestizaje aparece hasta en la Toponimia. El nombre español y el nombre indígena aparecen vinculados estrechamente ya, desde el primer momento, con nuestra geografía espiritual. El cita algunos ejemplos, y no sé por qué no mencionó en el momento de la conferencia la más visible o inmediata de todas esas producciones mestizas toponímicas: «Santiago de León de Caracas». Y hasta podríamos buscar un caso más decisivo y elocuente, terciando en el debate sobre el origen del nombre Venezuela. Porque según el cronista Vázquez de Espinosa, Benezuela, en la lengua de los naturales, quería decir «laguna grande», provincia de la «grande laguna»; nuestros manuales de historia repiten que Venezuela quiere decir «pequeña Venecia», porque ésta fué la expresión salida de los labios del conquistador, cuando vió sobre las aguas del lago de Maracaibo aquellas construcciones, aquellos palafitos que le recordaban la ciudad de los canales. Y ¿por qué no pensar que el origen del nombre de Venezuela, precisamente representa el mestizaje en su forma más indestructible, es decir, que los indígenas dijeron «Benezuela» o algo parecido, y el conquistador interpretó «pequeña Ve-

necias? Podemos pensar que los nativos tenían su denominación característica y el conquistador le puso poesía. Se hace difícil pensar que el español hubiera construido por sí mismo un diminutivo tan poco usual, crear una denominación de forma tan poco frecuente en los demás nombres de la conquista: habría hablado de «Nueva Venecia», como habló de Nueva Segovia y de Nueva Valencia y de Nueva Toledo y Nueva Cádiz. El nombre de Venezuela surge, pues, como la versión castellana de algún sonido semejante que en la lengua indígena se le presentó, y que ya en la interpretación refleja la influencia recíproca de las dos culturas, fundidas indisolublemente en el gentilicio nacional.

En ese mestizaje cultural hay indudablemente un predominio hispánico. España era la nación de vida plena en el momento de la conquista. Era el siglo de oro; eran las letras, era la filosofía, era el derecho. Esto está suficientemente aclarado y determina el predominio de lo español en el mestizo; fué precisamente allí donde privó lo hispánico: en la cultura, y quizás no tanto en la epidermis ni en el tipo biológico dentro de la fisonomía nacional. Por razón de clima, de alimentación, por razones de ambiente, quizás por razón de número, debía privar biológicamente dentro de la formación de una raza nueva el elemento autóctono; pero dentro del mestizaje cultural, la primacía indiscutible tenía que corresponder a la cultura hispana.

Tenemos, pues, una cultura mestiza: española, pero saturada de esa visión de la tierra y de esa aportación de elementos indígenas y africanos que le dieron, precisamente, nacimiento.

Sobre esto nos han hablado otros autores. Hay escritos recientes, sin necesidad de remontarnos mucho. Guillermo Morón, en un libro que acaba de publicar, nos dice cómo «desde cuando Juan Pérez de Tolosa implanta un nuevo régimen, en 1546, que se lleva a cabo por Juan de Villegas, aparece un segundo principio espiritual, ani-

mando las penetraciones: organizar sociedades, regidas de acuerdo a la plataforma política que se trae de la cultura hispánica. De manera que se desea incorporar el indio a la religión católica, pero, sobre todo, hacer civilización en la tierra inculta, que no es otra cosa sino establecerse en ella con todos los aparejos ideológicos que informan el hombre hispánico del momento».

El Dr. Gil Fortoul hablaba, en «El Hombre y la Historia», del concepto de *raza social*. Recuerdo que una tarde, en mi cátedra de Sociología, en la Facultad de Derecho, ya en los últimos días de Gil Fortoul, llegó a la Universidad (era asistente constante a todo lo que fuera conferencia, y se había equivocado en la fecha de una que estaban anunciando), preguntó si no había una conferencia esa tarde, inquirió qué clase se estaba dando en ese instante, y al oír mencionar la de Sociología, como es natural, derivó hacia allá. Presidió la cátedra esa tarde, escuchó la lección, y nos hizo después el regalo de una exposición muy personal, de una manera de decir muy propia, sobre su experiencia en la materia. Y recordó con especial orgullo este su concepto de la raza social, de la raza como hecho cultural y no puramente biológico, que, según dijo, le había granjeado en su tiempo la felicitación de René Worms en el Instituto Internacional de Sociología.

Pues bien, esa misma idea va apareciendo como una idea real que se encuentra en muchos autores. Las culturas se funden antes de que lleguen a mezclarse las sangres, como nos ha dicho Picón Salas; pero se funden de una manera mucho más íntima e intensa. El español y el musulmán no llegaron a ligarse tanto en el terreno de la biología como a compenetrarse en el campo de las formas de vida. Y en los Estados Unidos, a pesar de hallarse en situación de estagnación una población de color que no se absorbe dentro de la población blanca, es indiscutible encontrar dentro de la típica cultura norteamericana una serie de elementos característicos que le han sido

suministrados por el espíritu del africano. Que el africano, que el habitante de color en los Estados Unidos se haya europeizado, nada de extraño tiene. Pero que la población blanca se haya impregnado, en su música, en su pintura, en sus realizaciones sociales y en su manera de pensar, de vivencias de la población de color, es uno de esos fenómenos típicos del mestizaje cultural.

Somos, pues, una cultura mestiza. Díaz Rodríguez hablaba del influjo de la población africana en las letras, de su presencia en el mundo de la literatura, con un tanto de prejuicio racista. Yo me atrevo a pensar que se podría representar la idea del mestizaje cultural en una comparación de dos figuras proceras de nuestra historia: la figura máxima, la del Libertador, y la figura del mestizo Francisco Fajardo.

Fajardo, con ser hombre de sangre mezclada, hijo de india, era el conquistador, que estaba imponiendo la cultura hispánica. No era el mestizo cultural logrado. Bolívar, en cambio, descendiente de conquistadores castellanos y de tenaces vizcaínos, era capaz de hablar, interpretar y actuar por un pueblo mestizo, porque representaba la compenetración de una cultura que había producido ya una fisonomía nacional.

Bolívar es la representación, en un momento histórico, de una realidad espiritual que se ha logrado. En vano sus detractores han querido buscar, no sé con qué afán (porque no creo que podría servirle de desmedro) algunas gotas de sangre africana en sus antepasados. Yo creo que Bolívar habría deseado tenerlas. Si Bolívar hubiera podido presentar algún abuelo indio, si Bolívar hubiera podido hablar en nombre de algún abuelo esclavo, quizás se le hubiera dado más fácil resonancia a su obra. El no los tenía: era puro español, en la sangre; pero pensaba, y sentía, y actuaba, como venezolano, como americano; porque ya se había logrado en el espíritu el mestizaje integrador de una realidad completamente distinta.

Hay allí un fenómeno que recoge, con palabras por

cierto muy hermosas, en un libro muy interesante, el profesor Rosenblat: «El proceso del mestizaje ha sido en algunos países el proceso de formación del alma nacional.» «La idea central de Salvador de Madariaga —nos dice él— es que el español se hizo americano al injertarse en el tallo indio. Es verdad, pero sólo verdad parcial. Nos parece que América americaniza aun sin injertos. La fuerza asimiladora, modeladora, del continente, es un hecho de evidencia cotidiana. El español se americanizó, como se siguen americanizando hoy hombres venidos de todos los confines del mundo. Como se americanizó el negro, o la caña de azúcar, o el ganado. O el cocotero, o el plátano, que a veces no se sabe si son autóctonos o importados. De todos modos —concluye él— el mestizaje es, sin duda, la forma por excelencia de la americanización.»

III

En segundo lugar, quizás el mismo hecho del mestizaje, quizás la influencia del territorio, quizás las circunstancias de la historia, hacen de nuestra cultura una cultura abierta a todas las influencias.

Gabriel Tarde, en su célebre clasificación de las sociedades entre sociedades de costumbre y sociedades de moda, sin duda alguna nos clasificaría como sociedades de moda. Tenemos una recepción impresionante de todo lo que venga de fuera. No hay cosa que me sorprenda más que llegar a las viviendas más humildes, o menos humildes, pero más criollas, más metidas dentro de la tradición venezolana, y ver incorporado como una necesidad el pastel con el número de velitas y la canción angloamericana: «Happy birthday to you».

¿Cómo es posible que asimilemos en tal forma todos los elementos de fuera? Tenemos una posición abierta como nuestras costas. No en balde ha sido señalada como

una característica del modo de ser venezolano esa amplitud, que algunos llaman generosidad. Nosotros recibimos las influencias, las recibimos con gran facilidad. Se ha señalado en nuestras vidas, después de la primitiva y característica moda castellana, una moda francesa (el influjo de Montesquieu en Bolívar, de Víctor Hugo en Bello, o de la escuela de medicina francesa en Luis Razetti y en José Gregorio Hernández), seguida por una moda norteamericana, menos individualizada, más colectiva, más metida en los usos sociales, en las maneras de ser, en la cosa técnica (también por las características de la cultura que nos influye y de las circunstancias especiales del momento). Tuvimos esas modas, sin descartar el influjo positivo que sobre el pensamiento venezolano han ejercido otras culturas iberoamericanas: el Uruguay de Rodó, por ejemplo; la Argentina de Sarmiento y de Alberdi; el Chile, no digamos de Andrés Bello, que al fin y al cabo es la unidad perfecta de nuestras dos culturas sino también el Chile de Lastarria y de los que vinieron después. La realidad de los países del Caribe y especialmente de México, han influido poderosamente sobre la manera de ser, sobre la manera de pensar venezolana.

Pero dentro de esa facilidad de imitar, dentro de ese culto a la moda, ¿cómo permanece una sustancia idéntica? Yo creo que ahí tal vez está la explicación de muchos problemas nacionales: imitamos culturas extranjeras, pero no llegamos a fundirnos con ellas.

Quienes estudian la cultura francesa en sus años de máximo esplendor, encuentran aquí una repercusión enorme; pero no queda igual. Razetti puede ser un discípulo de la medicina francesa, pero hace medicina nacional.

La cultura imitada, sin haber los instrumentos todavía, sin tener las bases necesarias, se venezolaniza, se nacionaliza. Hay una frase de Andrés Bello en relación a la independencia y a la libertad, que le da sentido característico a esta situación: cuando él distingue entre el mo-

movimiento de Independencia y el movimiento de Libertad que simultáneamente se estaban persiguiendo en la Gesta Emancipadora, señala cómo el movimiento de Independencia es autóctono, es el derecho de toda gran sociedad de organizarse y de gobernarse por sí mismo, y el movimiento de Libertad es el aliado extranjero que combate bajo las banderas de la emancipación, es la idea que ha prendido en los corazones, pero que no ha encontrado todavía su fórmula positiva dentro de la realidad nacional. Y entonces habla Bello de que la primera representa un movimiento natural; la segunda, dice, encontrará mucha dificultad para injertarse en «*los duros y tenaces materiales ibéricos*». Hay algo, hay un núcleo que surge, sin que exista un propósito deliberado, quizás, de crearlo, pero que le va dando una fisonomía propia. ¿Por qué Bello, hijo de la Colonia, formado en la filosofía escolástica, impregnado de un jusnaturalismo de Vitoria y de Suárez y de Juan de Mariana, embebido en las fuentes clásicas que sirven de base a la literatura española, formado dentro de esta misma Universidad en su período colonial, no es un sabio europeo, sino americano? Hay algo que lo ha dominado. Es, precisamente, él, la expresión de tres siglos de fusión que han ido dándole realidad a un modo de ser determinado.

Somos pues, en cierto modo, pueblos imitadores, pueblos de modas; pero, como las mujeres, que se ponen la moda de cualquier país en los trajes que visten y llenan la apariencia inmediata, pero no cambian la fisonomía, así imagino yo nuestra cultura. Se va vistiendo con los trajes que vienen de fuera, pero va conservando siempre su peculiar manera de ser, la realidad americana que le va dando su fisonomía propia.

Pero, por otra parte, siempre hemos tenido una tendencia a imitar *lo universal*. Hemos buscado una proyección hacia el mundo: Venezuela en América es la proyección hacia afuera.

La historia de nuestra independencia no se puede agotar con la relación de los combates realizados dentro del territorio nacional. La historia de nuestra independencia es Bolívar entrevistándose con San Martín en Guayaquil; es Sucre organizando a Bolivia; es Flores dirigiendo el Ecuador por muchos años. Hay una proyección hacia afuera. A nuestros hombres los sentimos con legítimo orgullo universales; y si hay algo dentro del patrimonio espiritual, dentro del acervo espiritual de nuestra Patria, es nuestro concepto de Bolívar como un valor universal. Es que no aceptamos que un extranjero no conozca a Bolívar. Nos indigna que venga, por ejemplo, un ucraniano, y que no sepa allí en las regiones lejanas, en los campos de trigo de la Ucrania, que hubo un hombre que libertó este remoto continente y que fué protagonista de una gesta heroica y que se llamó Simón Bolívar.

Por eso estudiamos apasionadamente la geografía y la historia de los otros pueblos. Creemos que así como nosotros nos metemos al dedillo la población y la superficie y los productos de los pueblos de todos los continentes, así tienen la obligación de conocernos a nosotros.

Buscamos, pues, una proyección hacia el mundo, que sin duda es factor de mucha importancia en esta hora, sí es que es en realidad la hora de América.

IV

En tercer lugar, nuestra cultura es una cultura *móvil*, propensa a la aceptación del cambio; no es una cultura estática.

Domingo Casanovas hablaba aquí en su conferencia de que nuestro drama jurídico provenía de que hemos sufrido dos rompimientos: el rompimiento de la conquista con la manera de ser de los indígenas y el rompimiento de la Independencia con la sociedad colonial. Es posi-

ble que sea éste un factor, derivado de las circunstancias atormentadas de nuestra Guerra de Independencia, que produjo como su más notable subproducto la Guerra Federal. Ya sobre esto ha escrito, en términos bien profundos y bien permanentes, Augusto Mijares en «La Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana». Esos subproductos de la Independencia rompieron en realidad la idea de que debemos mantener una cosa porque sí. Adquirimos esa tendencia al cambio, esa movilidad social.

José Joaquín González Gorrondona nos habló aquí de que el gran problema económico de Venezuela está en el paso de una economía protocapitalista a una economía plenamente capitalista o supercapitalista. Pasamos del potrero donde las reses andan sueltas por las sabanas y donde es imposible pensar en la cerca, a la economía superindustrializada del petróleo, que representa la expresión más alta del capitalismo moderno. Pero, ¡cómo nos adaptamos! ¡Cómo, al sacar a un hombre humilde de Cumarebo o de Valle de la Pascua, o a un montañés de cualquier lugar de los Andes y llevarlo a un pozo petrolero, se convierte en un perforador espléndido, con un rendimiento superior a norteamericanos que han tenido una gran experiencia en la vida industrial!

¿Cuál es la proveniencia de nuestros conductores de automóviles, por ejemplo? ¿Cómo aprenden? ¿Cómo manejan? Se dice que son magníficos nuestros choferes. Sí; salen del campo y cambian de vida; y se adaptan de una manera maravillosa. Ya hemos dicho alguna vez: probablemente hay gentes que jamás en su vida han visto el ferrocarril y andan de un sitio a otro por avión. Y a lo mejor, sin haber tenido nunca telégrafo, manejan la televisión y se adaptan admirablemente a ella.

Estamos hechos para el cambio; pero debemos dejar constancia de algo que no deja de impresionarnos y que tiene que ser motivo para meditaciones posteriores. Rosenblat ha descubierto insospechado conservatismo en Venezuela en materia de lenguaje. Hemos conservado vo-

ces que han desaparecido, se han corrompido, se han modificado por el uso social en la Madre Patria. Tenemos giros, expresiones idiomáticas, que los gramáticos de hoy consideran incorrectos y que investigadores como él encuentran usados por los escritores castellanos del siglo de oro. Entonces, hay algo que permanece en medio del cambio; y creo que lo más interesante de ese conservadurismo que encuentra Rosenblat en un fenómeno tan social como el lenguaje, es que eso no nos cierra la puerta a nuestra manía de usar neologismos. A cada paso estamos empleando términos de todos los sitios; y si nos acercamos a una fábrica que se está levantando en cualquiera de estas vecindades, encontraremos un obrero portugués, un italiano, un español y un venezolano que se dicen «okei» (O. K.) como si fuera término propio del idioma que cada uno ha usado desde toda su vida.

Aceptamos, incorporamos modismos extranjeros, pero conservamos también. Y quizás uno de los defectos de nuestra interpretación haya sido el que hayamos menospreciado hasta ahora, o que no hayamos estudiado suficientemente ese fondo que quiere conservar una fisonomía nacional.

Es la defensa del pesebre de Navidad, que aparece ahora en forma reflexiva frente a las costumbres extranjeras que también se reciben. Es la tradición que subsiste milagrosamente, en los campos y pueblos de Venezuela, y que ha venido conservando el folklore en una forma que parece increíble.

Por otra parte, dentro de ese proceso, hay una porción considerable que corresponde al medio, al territorio. Esto lo hemos dicho, lo tenemos que repetir; no lo podemos medir todavía: ese fenómeno de que el europeo se americanice no es solamente un fenómeno de fusión cultural. Hay algo en el medio: la amplitud de sus campos, la dispersión de la gente, la extensión de sus costas, toda esa serie de fenómenos le imprimen al hombre una manera de ser especial, una manera de ser geográfica, que

tiene mucho de *americana*, pero que no deja de tener su característica propia y especial de *venezolana*.

V

Hay, además, dentro de ese complejo de aspectos de nuestra vida cultural, un sentido de futuro difícil de fundamentar.

Ernesto Mayz Vallenilla (y he recogido algunas afirmaciones de las que se han hecho en este ciclo, entre otras cosas para salvar la idea de que no es pretensión de los sociólogos meterse demasiado en todos los campos, sino que en el fondo, desde todos los campos siempre hay una manera de ver sociológica), Ernesto Mayz Vallenilla en su conferencia tan filosófica, nos plantea un problema que tiene mucho de Sociología de nuestra cultura. Dice: «Lo que actúa poderosa y decisivamente en nuestra acción es el Presente. Un Presente que por lo novedoso que es en relación al Presente en que se forjó la Tradición que nos queda, como herencia cultural, es casi ajeno para ella.» Y expresa: «¿No será por semejante expectativa sobre nosotros mismos que el Mundo se nos presenta como «Nuevo» ante nuestros ojos? ¿Pero es que entonces *no somos todavía*? O será, al contrario, que ya somos y nuestro ser más íntimo consiste en un eterno «*no ser siempre todavía*»?

Es verdad. Hay un fenómeno curioso que abraza a toda la América española, a toda la América latina; y a nosotros muy particularmente. Estamos hablando siempre con vistas al futuro. Los historiadores coloniales nos dicen que para fines del siglo XVIII, cuando empieza el siglo XIX, la colonización hispanoportuguesa, especialmente la española, ha creado ambientes que no tienen por qué ruborizarse ante los Estados Unidos. México, por ejemplo. El mexicano habla de su pueblo como un pueblo joven, y habla del pueblo norteamericano como un pueblo más viejo, como un hermano mayor, no ya por el tamaño, sino por

las realizaciones. Hay en nosotros un cierto complejo de inferioridad. Tenemos siempre el temor de medirnos frente a la cultura de Europa, quizás por lo mismo que somos tan hijos de Europa, puesto que los latinoamericanos somos más europeos que los Estados Unidos. No podemos olvidar que la fuente de la cultura norteamericana es una fuente insular; y que los ingleses siempre mantuvieron un cierto aislamiento de la realidad europea continental. Nosotros nos sentimos muy hijos de Europa; y queremos estar comparándonos siempre con Europa, sin pensar que es Europa el depósito de una cultura que se logró antes, y que nosotros no tenemos por qué ni cómo realizar; cuando nuestra misión es, precisamente, partir del sitio donde ha llegado Europa para, con base de lo que Europa ha presentado y mantiene como depósito invalorable en la vida de la cultura, seguir adelante en el camino de las realizaciones.

Se ha hablado muchas veces de la comparación o del estudio de la relación cultural entre Roma y Grecia. Los romanos tenían, en el fondo, el mismo complejo de inferioridad respecto de los griegos. Siempre la griega era la cultura madre, la cultura más alta; se mantenía ese término de comparación a pesar de las inmensas realizaciones de Roma en el campo material y en el campo jurídico.

Nosotros aquí miramos demasiado hacia Europa. Ha habido necesidad de la crisis en Europa, puesta de bulto por las guerras mundiales, especialmente por la segunda guerra mundial; del acercamiento geográfico que nos permite ir y venir con una facilidad muy grande, y de nuestro desarrollo material y técnico, que indudablemente está en proceso de adelantamiento, para que podamos darnos cuenta un poco de que también tenemos derecho a ser algo. De que Europa es nuestra historia, que nos sirve de respaldo; pero también de que sería tonto e ingenuo el que quisiéramos empezar por reconstruir aquí esa historia para poder seguir adelante.

VI

Debemos señalar, finalmente, como último de los aspectos de nuestra cultura como producto social, uno que es de mucho interés en Venezuela: en Venezuela la cultura está penetrada siempre de un hondo sentido *social*. Hay un sentido profundo de la realidad social, más o menos expreso en la ciencia, que quizás peca algunas veces de estar obsesionada con la idea práctica de su realización; en el arte musical o plástico, que buscan ser la expresión de una emoción colectiva; en la impregnación que el elemento folklórico le da a las manifestaciones artísticas; pero especialmente en un arte que en otros sitios en gran parte se aísla de la realidad social: la literatura.

Dentro de la literatura, entre los géneros que predominan está, por una parte, la Historia. El doctor Salcedo Baskardo habló aquí de las necesidades de vincular la Historia con la Sociología. Se siente esa necesidad; pero, en verdad, siempre se ha visto entre nosotros la Historia, aunque esté matizada de romanticismo por circunstancias de época o de momento histórico, como un desahogo de la preocupación de conciencia de los intelectuales hacia el análisis de los problemas de la realidad nacional.

La novela no puede ser más profundamente un documento social. En la cátedra hemos estado trabajando por años (por años, sí, lo llevamos con calma, pero con mucho agrado) un estudio de los elementos sociales en la novela venezolana. Y ya podemos afirmarlo: lo social en la novela venezolana es un elemento dominante. Son excepción las novelas que no enfocan un problema social, y casi todas ellas, fuera de las que representan lo sociológico en aspectos de costumbrismo, tienen una tesis: son como el documento que las viejas generaciones nos dejaron, del deseo que tuvieron de mejorar la patria y de la imposibilidad que

se hallaron porque los vencieron circunstancias ajenas a su voluntad.

En una u otra forma, el argumento se refleja siempre; con un dramatismo intenso, a veces, en novelas de un gran estilista literario como Manuel Díaz Rodríguez. Reinaldo Solar, por ejemplo, en la novelística de Gallegos, es característica de este profundo sello de pesimismo. Y precisamente, un alto valor de Doña Bárbara en el campo del documento social en la novela, es la tesis inversa: es la civilización que triunfa sobre la barbarie. Pero ¿cómo piensa el autor después de realizarse en Doña Bárbara esta tesis social? Aparece Canaima y aparece Cantaclaro, y aparece Pobre Negro, impregnados de un nuevo matiz pesimista. Y tiene que surgir, ya quizás más como obra de la reflexión del autor que como una cuestión intuitiva, Sobre la Misma Tierra (que ha sido muy elogiada por los críticos desde el punto de vista literario, pero que desde el punto de vista social no tiene la efusividad, la espontaneidad que tienen las otras novelas anteriores) con el propósito de salvar el mismo tema del triunfo de un principio nuevo sobre una realidad atrasada.

Existe, pues, un sentido social en nuestra novela, en nuestra historia, en la literatura en general y en eso que llaman «ensayo», que no me atrevo a definir, porque me metería en un campo muy ajeno al mío, como es el de la crítica literaria, pero que sin duda es lo más usual, lo más característico, de la literatura nacional. En el fondo, no es sino el desahogo de una preocupación social expresada en uno u otro tema y, si no soluciona, por lo menos esboza preocupaciones sobre todas las cuestiones que nos rodean, desde el punto de vista de las viviendas colectivas.

Esto en cuanto a la cultura como producto social.

VII

La cultura podemos verla también como *factor social*. Es decir, ¿ha influido la cultura en Venezuela? Hay muchos autores, no de aquí sino de otras partes, que dicen que la cultura es una obra realizada, que lo que llamamos vigencia de la cultura no es sino la nueva aportación que otros dan. Pero si la vemos como un todo objetivo, tenemos que convenir en algo que continúa moviéndose y actuando e influyendo las relaciones de los hombres.

¿Existe en Venezuela esa proyección de la cultura sobre el medio? Yo sí lo creo. Y de que lo creo será expresión el recorrido rápido que voy a hacer por tres aspectos principales: cultura universitaria, cultura popular, interés social por la cultura.

Cultura Universitaria: ¡cuánto se podría escribir sobre ella! La Universidad ha sido algo muy especial en la vida de Venezuela. Yo creo que una de las decepciones que hasta cierto punto sufre un venezolano que va a un medio más importante y más desarrollado (Europa, Estados Unidos), es que no encuentra en el ambiente social la misma repercusión social de la Universidad.

No es que no se la aprecie, no es que no se la respete. Pero hay que ver lo que ha significado dentro de nuestra atormentada coyuntura histórica la presencia de la Universidad, que todos (no los intelectuales sino las masas populares e ignorantes) han visto en la Universidad uno como faro, una como institución guiladora, responsable del destino del país. Y esto es tanto más interesante, cuanto que más accidentada ha sido nuestra historia.

Un estudio de la influencia de la Universidad sería, en realidad, una Sociología de la vida nacional. El Dr. José Rafael Mendoza escribió una vez un ensayo con este título: «La Influencia de la Universidad Central en la Evolu-

ción Social de Venezuela». El tema es sugestivo, el trabajo es muy interesante. Claro, un trabajo de hace muchos años, que presenta lagunas, quizás algunos aspectos no logrados, pero el tema refleja esta idea común: la de que la Universidad ha ejercido y ejerce un influjo definitivo en la vida venezolana. Esta tesis no se discute sino a veces, por otros intelectuales. Pero la colectividad, lo que llaman la opinión pública, lo admite como algo incorporado definitivamente a sus creencias, a sus convicciones y sólo dice que la Universidad no ha representado nada en la vida social un grupo minoritario de intelectuales, que no expresan una vivencia nacional.

El influjo de la Universidad se refleja en algunos aspectos que podríamos llamar fenoménicos. Por ejemplo, la importancia reconocida al Doctor en la vida venezolana. El Dr. Zúñiga Cisneros, en su conferencia sobre la historia de las ideas médicas en Venezuela, señalaba este hecho con un argumento muy interesante: cuando la Nación se organiza, quiere buscar un rumbo y escoge un candidato para dirigirla, se fija en José Vargas, el Doctor, el médico. el Rector de la Universidad. El problema de que Vargas haya durado o no haya durado en la Presidencia de la República, de que haya realizado o de que no haya realizado su obra, no le quita vigencia a este dato, a este documento. Es el Dr. Vargas el hombre escogido, porque ha hecho una labor frente de la Universidad, porque representa una figura del pensamiento (claro está, una figura revestida al mismo tiempo, de la honestidad y de la estructura cívica): es como el simbolo de las aspiraciones de la nación, de la conciencia nacional, para que la dirija.

Se ha dicho en Venezuela, supongo que algunos hasta lo hayan escrito, cómo el general Gómez, que era un ejemplar típico de la realidad social, de las capas no cultivadas de la población, tenía un enorme respeto por lo que era un Doctor. Cuando había algún problema, mandaba a consultar a los doctores. El decidía, pero no les anticipaba solución; y cuando algo salía mal, decía: «los doctores lo re-

«solvieron». Intuía el concepto integral, universitario, del Doctor. Algunas veces se extrañaba la gente de que escogiera, por ejemplo, a un médico para Ministro de Fomento; o de que un abogado fuera Ministro de Obras Públicas. Es que eran «doctores» en un concepto mucho más amplio del que nosotros tenemos; porque cuando dividimos las Facultades en una forma tan absoluta y creamos especialismos infranqueables, estamos negando el sentido universal de la Universidad.

Vive esa idea, y el documento no puede limitarse solamente al tiempo del General Gómez. Ustedes habrán notado cómo los reporteros periodísticos de actualidad y el público, la gente, le dan el título de doctor a toda persona prominente en cualquiera actividad de la vida. Hay personas a quienes mucho aprecio, que realizan labor magnífica al frente de una asociación, de una actividad, o de un despacho, o de una oficina. Es imposible concebir, dentro de la realidad venezolana, que no sean doctores. Y ellos han tenido que resignarse a ser doctores. Esto refleja un hecho sociológico: es que la conciencia pública exige que los problemas fundamentales estén en manos de universitarios. Considera a la Universidad responsable de darle directores a la vida nacional, y no entiende que se pueda serlo sin haber egresado de la Universidad.

VIII

De la cultura popular, el tema sería para mucho hablar. Incluso podría mencionarse la pretendida polémica entre Bello y Sarmiento, que no es más que una discrepancia en modos de decir: que si Bello le daba más importancia a la educación universitaria, y Sarmiento más importancia a la educación popular. No es cierto. Ni Sarmiento fué nunca el que pensara que la Universidad no tenía una función de responsabilidad en la vida argentina;

ni Bello fué nunca el que creyera que la Universidad debía encerrarse dentro de su claustro, sino que en su concepto tenía que desbordar en cultura para el pueblo.

Bello, Rector de la Universidad de Chile, era el responsable de toda la educación pública chilena, porque tenía, *ex officio*, la función de dirigir la educación pública nacional. Pero, en el fondo, los resultados nos muestran que no hay incompatibilidad. Simplemente, basta ver a la Argentina y a Chile. Ni el predominio de la acción, ni el influjo ejercido por Sarmiento después de Caseros en la Argentina pudo impedir que se desarrollara (porque *no lo quiso* impedir tampoco) una cultura universitaria que es de las más altas de América, ni el influjo decisivo, absoluto de Bello en Chile, al frente de la Universidad, pudo en ninguna forma evitar, sino —todo lo contrario— contribuyó a que Chile tuviera una cultura popular que es también en América de las más reconocidas.

Persona autorizada me decía que Chile es uno de los países que tienen mayor mercado editorial, donde hay mayor número de lectores, no sólo universitarios, sino masas de lectores. Su cultura popular es resultado de la preocupación de Bello. Así como la cultura universitaria argentina, es también un resultado del empuje que dieron hombres como Sarmiento.

Ahora, entre nosotros, me parece que ha habido una confusión demasiado acentuada entre índice de analfabetismo e índice de culturización. La cultura no se mide por el número de personas que sepan leer.

El analfabetismo es un mal tremendo. La alfabetización es el punto de partida para la penetración de muchas ideas. Sobre todo, el analfabetismo de los niños es uno de los dramas que todavía subsisten; porque con nuestro índice demográfico que a cada paso hace aumentar la población, es una de las verdaderas angustias nacionales la de que varios centenares de miles de niños queden sin asistir a la escuela: esto es más grave desde el punto de vista social que el analfabetismo del adulto.

Pero ustedes todos conocen, como yo, infinidad de analfabetos en Venezuela que tienen un nivel cultural bastante grande. Los poetas de los cantares llaneros, que improvisan con una facilidad ejemplar, la gente que se da cuenta de los problemas del mundo, muchas veces no necesitan aprender a leer, y un aprendizaje tardío equivale casi a no obtener nada.

Tenemos una cultura popular bastante grande. Los que estudian y han descubierto los tesoros de nuestro folklore discuten si priva en él el elemento hispánico, si el elemento africano, si el elemento indígena. En realidad, todo tiene que haberse fundido en ese folklore que está vivo y que, ofreciendo cada día mayor número de elementos, representa esta idea: hay una base cultural, un *subsuelo cultural*, pudiéramos decir, precisamente en esas masas analfabetas.

Nuestro pueblo tiene una inteligencia despierta. Su preocupación cultural se refleja en un hecho que me parece de una importancia radical: el analfabeto tiene conciencia de la necesidad de educar a su hijo. Los campesinos y propietarios que vienen del interior de Venezuela a engrosar la metrópoli, vienen buscando como objetivo principal, educación para sus hijos: «yo me quedaría allá, dicen, porque allá se vive mejor, pero tengo que educar a mis hijos. Yo no quiero que ellos sean ignorantes como yo». Y en los labios de todos los venezolanos, hasta los más humildes, se oye frecuentemente esta apreciación: «Yo a mis hijos no les quiero dejar otra herencia que su educación». Esa frase en labios de un analfabeto, es un testimonio de que el valor de la cultura se aprecia de modo fundamental.

IX

El interés general por la cultura se refleja en una serie de datos. Los periódicos en Venezuela, pongamos por caso, dedican a las actividades culturales un espacio y una colocación superior a la de cualquier lugar del mundo. Yo creo que todo extranjero debe sorprenderse cuando encuentra en la primera plana de los diarios, o en páginas de mucha importancia, mucho espacio para una conferencia dada en una escuela, o dedicado a la expresión de un médico que ha descubierto algún procedimiento más para mejorar una reacción cualquiera.

Hay, pues, en el periodismo una preocupación cultural grande. Con esta circunstancia: los diarios de hace veinte años, llenaban su primera plana con artículos; el periodismo moderno desplazó esos artículos hacia una página de fondo; las noticias, primero cablegráficas, después nacionales, fueron llenando la primera plana. Y esa primera plana está siendo invadida de nuevo por las noticias culturales, que se meten por encima de un cable venido de un país vecino, o aun de cualquier acontecimiento más o menos importante dentro de la vida nacional. Lo cual revela que el lector exige aquello. Que es no una mera actitud deliberada, un deseo de educar al pueblo, sino un reclamo de la masa lectora, que pide información sobre los temas relativos a la cultura nacional.

¿Que nuestro problema editorial sea complejo? Las razones son muchas y muy delicadas. Tuvimos actividades editoriales muy intensas, casas editoras de libros que nos colocaban en honroso puesto. Dificultades de costos, penetración de mercados, desprestigio que nosotros mismos hicimos de nuestra producción en los mercados extranjeros, han impedido que se haya desarrollado entre nosotros una gran industria editora de libros.

Las bibliotecas se desarrollan; pero si no encuentran el influjo que deben tener en la masa popular, es quizás porque todavía en las bibliotecas de pueblo, no se han ido buscando el elemento social, las causas sociales, el influjo social que deben ejercer. Pero, en cambio, vienen la radio y la televisión; y la acogida que tienen por parte del público los programas de sentido cultural, son otro nuevo testimonio de que éste es un país hecho para la cultura, que desea la cultura; y que si no ha podido alcanzar todavía en la cultura un nivel de personalidades descollantes, de fundadores de escuelas, de radio universal, cual los del viejo mundo, por lo menos ha logrado formar un núcleo fundamental denso, de positivo mérito, que puede considerarse como la base de la existencia nacional.

X

Como conclusiones de las observaciones que aquí he presentado, me atrevería a formular las siguientes:

1) El estudio objetivo de la realidad venezolana permite hablar afirmativamente de una cultura nacional.

2) Esa cultura presenta elementos que le dan fisonomía propia, y que son reflejo de nuestras circunstancias sociales.

3) Es de esperar que el estudio sistemático de los aspectos sociológicos de nuestra cultura ha de ofrecer resultados invalorables para el mejor conocimiento de la vida venezolana.

4) Puede afirmarse que la cultura ha sido en Venezuela un factor de importancia, en el desarrollo de la vida nacional.

5) El pueblo venezolano está, además, bien dispuesto para el desarrollo y acción de la vida cultural.

6) En síntesis: la cultura es en Venezuela un fenómeno social real, actuante, presente y sobre todo, que ofrece perspectivas por lo menos igualmente favorables que nuestra riqueza material, para el desarrollo nacional.

CP 9-9-66

HM
22
V4C3

Caldera Rodriguez, Rafael
Aspectos sociologicos de
la cultura en Venezuela

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 11 18 06 003 3